

# Situación de la mujer en Alemania/ Gymnich a comienzos del siglo XX

---

**Cómo era la realidad de las madres solteras.**

**La vida de la madre de nuestro fundador: Catalina Kentenich**

## **1. Situación de la mujer a comienzos del siglo XX**

Con el cambio de siglo comienzan en Alemania una serie de transformaciones sociales y económicas resultado de la revolución industrial. Muchas personas vieron en estas transformaciones una amenaza para la vida moral.

Fue un momento de profundos cambios, también para la mujer y la vida en familia. En ese momento al padre de familia se lo consideraba el responsable de llevar el sueldo a casa, cabeza y autoridad de la familia, y debía mostrar siempre su autoridad y todos le debían respeto.

Las mujeres eran esposas y madres, y de ellas se esperaba que cumplieran con sus obligaciones que eran estrictamente los niños, la cocina y la Iglesia, lo que en alemán se expresa con las tres K's : Kirche, Küche, Kinder.

Sin embargo, había profundas diferencias entre las mujeres dependiendo de su estatus social. En la clase alta las mujeres tenían sirvientas que realizaban las faenas del hogar, y por tanto disponían de más tiempo y libertad. Aunque esto no significaba que fueran independientes o pudieran valerse por ellas mismas. Las mujeres no tenían posibilidad de tener acceso a una educación superior, ya que el lugar de la mujer iba a ser y era el hogar. Ellas no podían opinar sobre ningún tema de la sociedad civil, incluso si iban al colegio sus estudios estaban orientados a prepararlas para su trabajo y lugar en la casa. Las mujeres no podían ir al colegio, al menos en Prusia hasta el año 1908.

En la primera mitad del siglo XX empieza a incrementarse el número de mujeres de clase media que van a recibir una educación superior. Ellas podrían convertirse en profesoras de colegio. Pero si se casaban tenían que abandonar su trabajo, por eso a las profesoras se las llamaba siempre "señoritas". Esto cambiaba muy lentamente, y no será hasta 1919 cuando se puede empezar a hablar de algunos cambios; por ejemplo, hasta 1957 los maridos podían impedir, por ley, que sus esposas trabajaran fuera del hogar y ganaran un sueldo.

En el mundo rural la situación de las mujeres era muy distinta, las niñas debían trabajar igual que los niños dentro de la familia, y realizaban multitud de tareas tanto en el hogar, la granja o en los pequeños comercios familiares. Incluso se aprobó una ley que obligaba a las mujeres a trabajar en los negocios de sus esposos, además de cuidar del hogar y de los niños.

Ellas podían trabajar fácilmente entre doce y catorce horas diarias. En las granjas realizaban el mismo trabajo que los hombres, incluso tareas tan pesadas como trillar los campos y recoger la cosecha.

El progresivo avance de la industrialización hizo que surgieran cada vez más trabajos para las mujeres y la terrible pobreza de las clases trabajadoras, con sueldos irrisorios, hizo que las mujeres debieran trabajar para ayudar a mantener económicamente al hogar. La pobreza obligaba a que trabajaran incluso los niños. Algunas mujeres entraron a trabajar como empleadas en casas de familias pudientes, donde fueron maltratadas, y algunas veces se abusaba de ellas incluso sexualmente.

Los trabajadores pasaban en las fábricas entre 12 y 14 horas y después las mujeres debían ir a su casa y continuar trabajando en el hogar y cuidando a los niños. El hombre nunca realizaba las tareas del hogar ya que se consideraba algo indigno para un hombre hacer trabajos caseros. En general, la situación de la mujer era muy compleja, además no se la consideraba como una persona independiente con sus derechos, sino como una parte de una red de relaciones familiares.

## **2. La situación de la madre soltera a comienzos del siglo XX**

La sociedad de comienzos del siglo XX estaba basada en la familia, padre, madre e hijos, incluso abuelos y tíos. Cualquier persona que estaba fuera de este círculo protector, como una madre soltera, era discriminada y rechazada. Una mujer soltera era una mujer caída, considerada como una pecadora. La maternidad era algo que definía a las mujeres así que las madres solteras eran tratadas y juzgadas muy duramente. La mujer tenía toda la culpa de su situación; el hombre, nada. Los niños producto de la unión ilegítima se les llamaba bastardos, o incluso con el título tan fuerte de hijos de prostituta.

Por ello, las madres solteras vivían muchas veces en la extrema pobreza, se consideraba que su delito era algo terrible y se las consideraba como si fueran mujeres culpables o incluso criminales. La sociedad veía a estos niños como hijos del pecado y les consideraba una amenaza para el buen nombre de las familias y de la sociedad; así la Iglesia y el estado sólo se ocupaban de los niños legítimos nacidos en el matrimonio, los demás se convertían en una carga y nadie quería nada con ellos.

Se veía como algo muy importante controlar el comportamiento sexual de las personas solteras, especialmente en los pueblos y pequeñas ciudades donde todos se conocían. Los vecinos, los maestros, los sacerdotes, las monjas todos observaban y murmuraban para tener un control sobre el modo de comportarse de las mujeres jóvenes. A la mujer soltera se la veía como un problema, ya que era una presa codiciada para los hombres.

Las mujeres de clase media se podían defender mejor, ya que podían ocultar sus embarazos y dar los niños a un orfanato, pero las mujeres pobres no tenían a nadie a quien pedir ayuda, no podían ni contar su problema porque nadie las escuchaba y todos les juzgaban como culpables de haber seducido al hombre, etc. La socióloga Dra. Napp-Peters señala que un hijo legítimo tenía un padre, una familia, pertenecía a alguien, pero los niños naturales no tenían padre, no pertenecían a nadie. Recordemos que la mujer soltera tenía muy pocos derechos.

Cuando en 1880 el gobierno del canciller Bismarck establece en Alemania la seguridad social, las madres solteras con sus hijos naturales no podían afiliarse y no podían tampoco pedir ayuda económica para su hijo al padre natural. La ley alemana contemplaba algunas medidas para obligar al padre a ayudar a la madre soltera y a su hijo natural, pero esta ley realmente nunca se cumplía y las madres no podían reclamar nada ya que la ley no las ayudaba. En todo caso los padres de hijos naturales simplemente tenían que pagar el parto y ayudar a la madre durante las seis primeras semanas de vida del pequeño. El seguro médico que existía desde 1883 pagaba los servicios médicos de la persona, pero no atendía a sus hijos pequeños o a otros familiares. Así la situación de las madres solteras era muy difícil; ellas estaban condenadas a trabajar en empleos muy precarios y pesados, como limpiadoras, ayudantes de cocina. Incluso para pagar su parto debían trabajar embarazadas limpiando los hospitales y muchas veces su parto era atendido por estudiantes o médicos en prácticas. Un doctor importante nunca atendía tales partos.

### **3. Cómo era la situación de la mujer en Gymnich en esos tiempos**

Muchas cosas de lo dicho anteriormente pueden ser también aplicadas a Gymnich. Igual que en el resto de Alemania la mujer trabajaba en casa, los miembros de la misma familia se ayudaban y protegían entre sí. Ellas trabajaban en casa, siempre con los niños, y dependían en todo de sus maridos.

La mujer en los documentos legales se puede decir que no existía, era invisible. Les cuento el caso de mi abuela, nacida en 1884 y fallecida en 1953. En su partida de defunción se notificaba la muerte de la Sra. de Pedro José Schorn, ni siquiera se la llamaba por su nombre de soltera. Otro ejemplo que ilustra la idea de que la mujer era invisible en documentos oficiales: en un folleto de la Hermandad de San Sebastián del año 1989 (¿?), una asociación de tiro al plato, se señalaba a los “Reyes” como la Sra. de Adam Frings o la Sra. de Sebastián Klüsich. De modo que estas personas eran “Reyes” y no reinas de la fraternidad. Ellas no tenían prácticamente ningún derecho y en la vida pública eran representadas por sus esposos.

En Gymnich existió una mujer muy respetada que fue maestra en el pueblo durante treinta años. Cuando ella murió con 97 años se le seguía llamando señorita. En el pasado, y todavía en la década de los años cincuenta, las mujeres tenían que purificarse después de dar a luz a un niño. Podemos hablar del rito de purificación después del parto ya que tiene muchos matices. En Gymnich se consideraba la concepción y el parto como algo impuro, lleno de sangre impura, así que la mujer cuarenta días después del parto iba a purificarse antes de asistir a la Santa Misa y ser aceptada por la comunidad parroquial.

Con el tiempo el rito de la purificación se veía como una ceremonia de agradecimiento a Dios por el nacimiento del niño y un momento después del Concilio Vaticano II la ceremonia de purificación después del parto fue eliminada, y las bendiciones para el bebé y la madre se trasladaron al día del Bautizo. Esto era algo imposible de realizar en el pasado ya que la mortalidad infantil tan alta hacía que los niños fueran bautizados a los poquísimos días de nacer, cuando la madre no estaba presente.

En los años cercanos a 1900 todo lo relativo a la sexualidad, partos, nacimientos era considerado como un tema tabú, nunca se hablaba de ello. Una vecina mía que nació en 1903 me dijo “nosotras fuimos tres hermanas, nos vestíamos sin luz para no vernos desnudas, cuando me casé yo no sabía nada del otro sexo, y por supuesto nada de cómo se concebían los niños”. En los años cincuenta esto era algo inconcebible.

En guisa de conclusión, déjenme contarles algo de las memorias de Fray von den Burg, el deán, que estaba muy preocupado por la moralidad de su parroquia. Él quería proteger a las chicas jóvenes de andar vagabundeando por las calles y del hablar obsceno de los muchachos, así que fundó una asociación para chicas jóvenes, pero no tuvo mucho éxito porque no les gustó a las chicas (p.85). Además exigía que aquellas personas que tenían vidas inmorales o poco cristianas debían ser expulsadas de la sociedad, afirmando lo siguiente: “para que no vuelva a pasar lo que pasaba antes de venir yo a la parroquia, que a una madre soltera, literalmente una mujer caída en pecado, se le enterraba con todos los honores”.(p.91).

Podemos decir por tanto que las madres solteras tenían una vida durísima, una lucha continua, y la vida de Catalina Kentenich es en muchos aspectos un ejemplo de la trágica situación de otras madres solteras de su tiempo.

#### **4. Catalina Kentenich, la madre del Padre José Kentenich**

Con el conocimiento actual de aquellos tiempos y a través de mis experiencias personales en Gymnich, quiero intentar ahora ponerme en la difícil situación de Catalina Kentenich, naturalmente apoyándome en las fuentes disponibles.

Catalina Kentenich nació en 1863 en Gymnich como la más joven de ocho hermanos. Como era habitual entonces, seguramente de joven ayudó en la casa paterna y pudo amasar una valiosa experiencia en administración del hogar y arte culinario. Cuando ella a los dieciocho años, en 1881, se trasladó a Oberbolheim, estaba seguramente muy bien preparada, para trabajar como asistente en el hogar o, mejor dicho, como chica de servicio. Oberbolheim se encontraba a aproximadamente a 12km de distancia de Gymnich.

¿Qué significó esto para Catalina? Era una mujer joven, sin experiencia, poco ilustrada – en particular en temas de sexualidad –, desvinculada de su propia familia y de sus relaciones habituales, desenraizada en definitiva. Aunque vivía con la familia, no pertenecía a ella. Por ejemplo, era corriente que la servidumbre no tomara las comidas con la familia. Con una jornada laboral de entre 12 y 14 horas y a causa también de la distancia no podía ir a su casa. Además, ello solamente hubiera sido posible caminando, pues no había medios de transporte públicos entre Oberbolheim y Gymnich, y en aquella época no había bicicletas, o eran un artículo escaso (por ejemplo, poco después de la segunda guerra mundial había en casa únicamente una bicicleta para toda una familia, y estamos hablando de 65 años después).

Allí había un mayordomo, Matías José Koep, que era veintidós años mayor que ella y que se había fijado en Catalina. En su soledad, tal vez ella buscaba algo de contacto y encontró en él a una persona con la que podía hablar y charlar. Como mujer se sintió tal vez halagada, al ser admirada por un hombre. Esas son circunstancias que allanan el camino a un seductor. Sea lo que fuere, tuvieron una relación mutua que traería consecuencias.

Un niño fue concebido. Cuando Catalina se dio cuenta de que estaba embarazada dejó la casa, o bien fue despedida inmediatamente. De esta manera fue abandonada a su propia suerte. Se encontraba en una situación difícil. Habiendo cometido una falta contra la moral, se encontraba expuesta al escarnio de la opinión pública. Incluso en su casa de Gymnich no fue bien recibida al principio, pues – especialmente el padre – temía los comentarios de la gente del pueblo y probablemente se consideraba herido en su orgullo varonil. En su necesidad, Catalina se dirigió a su hermana mayor Sibilla en Nörvenich, donde explotaba con su marido una fonda llamada “Zum Burghof”.

Sin embargo, poco antes del parto, sus padres la recibieron en la casa familiar de Gymnich. Tenía 22 años. Que tuvo que batallar durísimas luchas internas de fe que incluso llegó a acariciar pensamientos de suicidio. Es posible que además sintiera muchas molestias físicas, lo que durante el embarazo no es algo excepcional. A raíz de la experiencia de soledad, de rechazo, de maledicencia, de ofensas, de consideración del propio fracaso, etc. es posible que no viera ninguna salida.

Entonces llegó el día de la gran transformación. La madre de Catalina se sintió intranquila y desasosegada durante la noche, tomó agua bendita y fue por toda la casa hasta la habitación de su hija, declarando: “En esta casa hay algo que no está bien”. Tocada interiormente por este acontecimiento, a partir de entonces Catalina aceptó su situación. Vislumbró que este niño era querido por Dios y la Virgen, con la que a partir de entonces mantuvo una estrecha relación. Catalina dio un Sí consciente a su hijo y se dispuso a dominar sus difíciles circunstancias vitales con la ayuda de Dios y la intercesión de María. Así, a pesar de todas las circunstancias adversas, nació José el 16 de noviembre de 1885 y ese niño se convirtió en la razón de ser y el sentido de toda su vida.

Aquí nos podemos plantear las siguientes preguntas: ¿Qué sucedió con el padre Matías Koep? ¿Por qué no se casó con Catalina? A este respecto se dan varias teorías. ¿Era la diferencia de edad la que se oponía al matrimonio, o bien otros obstáculos entre las respectivas familias? ¿Eran las diferencias de posición social demasiado grandes? ¿No quería el solterón empedernido renunciar a su vida libre? Se trata de preguntas que no se pueden responder retroactivamente. Lo principal es que no se casaron y que ninguno de los dos contrajo matrimonio con una tercera persona posteriormente. Considerando desde fuera, una boda formal podía haber evitado la deshonra.

Parece que durante los primeros años tras el nacimiento, Catalina no buscó ningún empleo fijo. Pero siempre se preocupó de ganarse sola lo necesario para su sustento y el de su hijo. Así ayudó en la administración de la casa familiar y en una pequeña empresa de carruajes, o bien se ganaba el sustento ayudando en otras familias como limpiadora, planchadora, zurcidora o costurera, lo que por otra parte era lo corriente en Gymnich hasta los 50 años. El pequeño José determinaba toda su vida diaria. Ella le dedicaba toda su energía, su amor y entrega, y él le procuró a ella agradecimiento y felicidad.

Quien hoy visite su casa natal en la Plaza San Cuniberto, le dará una sensación de “estrechez”. Pero José sintió esta casa seguramente como amplia, en ella se sentía libre. A pesar de que no estaba en un entorno intelectual, experimentó gracias a su madre y a sus abuelos la seguridad, la comprensión, el amor, la confianza y sobre todo el amor a la Virgen y el enraizamiento en la fe.

Tras una corta estancia en Estrasburgo, donde Catalina acompañó a su enviudado hermano con sus tres hijos, regresaron madre e hijo a Gymnich. Para Catalina devino difícil dedicarse enteramente a su hijo. El abuelo falleció en 1888, la abuela estaba cada vez mayor y la subsistencia económica dependía de la joven madre. Para asegurarse el sustento Catalina tuvo que trasladarse en 1893 a Colonia, donde consiguió un empleo fijo como cocinera de la familia Guillaume. Ahí estaba ocupada todo el día, desde la mañana a la noche, por lo que no se podía ocupar del pequeño José.

¿Cómo iría todo a partir de ahora? ¿Qué sería del joven? La abuela era demasiado anciana para responsabilizarse del niño. En su necesidad, Catalina se dirigió a su confesor, el párroco Savels de Colonia. Éste dijo a la madre que tenía que poner en manos de la Virgen la educación del niño. Ofreció al niño una plaza en el orfanato de Oberhausen. Él había fundado esta casa y ofrecía una formación académica mejor que en Gymnich. Después de largas consideraciones para tomar la decisión adecuada, llevó finalmente a su amado hijo en 1894 al orfanato de San Vicente en Oberhausen.

¿Qué debió pasar en el interior de la madre? Cambiar el pueblo de origen por una ciudad industrial, la seguridad de una madre por una influencia ajena. El dolor maternal, la separación de un hijo amado, el desconocimiento sobre la suerte del hijo, todo ello tiene que haberle afectado interiormente. Confiando en Dios y en María finalmente dejó ir al niño y lo entregó a María en la capilla del orfanato. A partir de ahora María sería la madre del niño y cuidaría de él. Como señal visible de la entrega y la consagración del niño, hizo colgar de la estatua de la Virgen una pequeña cruz en una cadena de oro. Esta consagración no significó para José únicamente clave en el orden personal, sino también para el desarrollo ulterior de la historia de Schoenstatt. Esta experiencia profunda, religiosa, de la consagración a María no pudo compensar por entero el dolor mutuo de la separación, pero les procuró un asidero, una fuente de fuerza de fe en la Providencia divina.

En el día de la primera comunión en 1897, José comunicó a su madre su deseo de abrazar el sacerdocio. Con una procedencia familiar poco favorable, percibió la llamada de Dios. Dios no llama necesariamente a los hombres que a los ojos del mundo parecen más cualificados, sino que capacita a aquéllos que Él llama. Según el derecho eclesiástico vigente en aquella época, sin dispensa no podía ser ordenado un hijo natural. Dado que Catalina deseaba lo mejor para su hijo, no se puede excluir que contactara con el padre Matías Koep para que el joven pudiera ser legitimado mediante un matrimonio posterior de ambos. Después de una lucha interior y de consultar a su confesor Párroco Savels, ello no se produjo.

La concepción reinante era que no era correcto casarse únicamente por esta razón (p.116). Así que a José solamente le quedaba la opción de entrar en una congregación misionera en su camino hacia el sacerdocio. Esto era muy duro para ambos, dado que de ser misionero se produciría una separación duradera entre madre e hijo. Con todo, como preparación para el acceso a las órdenes menores era necesario presentar un testimonio de párroco como dispensa. El párroco Savels de Gymnich escribió lo

siguiente: “¡La familia (Kentenich) es buena y digna de honra! La madre por seducción cayó en pecado, si bien esta irregularidad puede ser objeto de dispensa” (153). Para las órdenes superiores se requería una dispensa de la Santa Sede o bien del General de los Patotinos en Roma. En 1907 recibió José Kentenich finalmente esta dispensa y pudo ser ordenado sacerdote. En todo este proceso las dolorosas circunstancias familiares volvieron a hacerse sentir. Aunque las fases más dolorosas ya habían quedado atrás desde hace mucho tiempo y habían sido asumidas con la ayuda de Dios, siguieron siendo una parte de la historia de Catalina y de su hijo.

A lo largo de los años, la Sra. Kentenich trabajó como cocinera para varias familias en Colonia. Siempre puso una condición: que pudiera visitar a su hijo en cualquier momento y que pudiera pasar las vacaciones con él. A partir de 1928 vivió en la residencia de ancianos Allerheligenstift en Colonia. La inmediata cercanía de la estación hacía posible que su hijo pudiera hacerle rápidas visitas cada vez que pasaba por Colonia. Murió el 27 de marzo de 1939 a la edad de 75 años. Tres días antes de su muerte había recibido la visita de su hijo.

Para mí Catalina Kentenich fue una gran personalidad, que a pesar de los reveses de fortuna vivió ejemplarmente su vida. En sus años de juventud dio un Sí consciente a su cruz, construyó una relación amorosa con su hijo y asumió su responsabilidad educadora. Ella le ofreció, a pesar de las circunstancias difíciles, una buena formación académica y su orgullo era poder proveer a los estudios de su hijo únicamente por su trabajo. Pero sobre todo puso su destino en las manos de Dios y confiaba en su ayuda.

Sin esta gran mujer hoy no estaríamos aquí sentados celebrando. El fundamento, para el ministerio sacerdotal de su hijo y para la consideración de la mujer en la Iglesia y en la sociedad de parte del Padre Kentenich, lo puso ciertamente su madre.

Por ejemplo, él reconoció a su madre que las mujeres corren el riesgo de no ser aceptadas en la sociedad y en la Iglesia con su idiosincrasia, o incluso de ser perjudicadas. En su pensamiento y acción él remarcó como cada mujer en su femineidad tiene relevancia. Consideró como altamente urgente hacer participar activamente, y con más fuerza, a las mujeres en muchos campos de acción. Animó a muchas a promocionarse o avanzar personalmente (p.91). Vio a muchas mujeres en múltiples necesidades y desorientadas y les alentaba a buscar nuevas oportunidades. ¡Qué clarividencia y amplitud de miras tenía el Padre Kentenich!

Todos debemos estar alegres y ser agradecidos, por poder celebrar hoy tales grandes personas. Madre e hijo pertenecen a la historia de Gymnich.

Yo confío en que podamos trabajar conjuntamente en la realización de las ideas del Padre Kentenich, y llevar su espíritu con la ayuda de Dios y la intercesión de María a todo el mundo. Lo deseo para todos nosotros, para la familia de Schoenstatt y, por encima de todo, también para mi pueblo de origen Gymnich.

Kläre Schmitz

Spillesstr.5

50374 Erftstadt-Gymnich

Email: [klaere.schmitz@web.de](mailto:klaere.schmitz@web.de)

Traducción: Ana Fontes, Madrid, España